



12

*POR MARIANO BARSOTTI.* Repugna, desagrada, molesta, y sin embargo fascina.

*Dr. House* se ha transformado en un fenómeno televisivo en los Estados Unidos y en España. En Argentina tiene una audiencia no del todo numerosa pero verdaderamente fanática. ¿Por qué esta serie, que parece querer hacer todo lo posible por disgustar, nos cautiva?



# EL CASO

## ¿OTRA SERIE DE MÉDICOS?



**House:** ¿Te das cuenta? Todo el mundo se piensa que soy un paciente por el bastón.

**Wilson:** Pues ponte una bata como los demás.

**House:** No, entonces parecería un médico.

Un hospital es un espacio abierto al drama. Las personas que lo recorren, si no llevan guardapolvos, portan en sus muecas el resplandor de una desgracia. 'Pacientes' es el nombre con que se los designa y si recurren a ese lugar es porque algo, no demasiado bueno y a veces no demasiado claro, les ha sucedido. Son acompañados, generalmente, por personas cercanas desde lo afectivo que modelan en angustia el probable dolor del otro. Un bajón. Por eso a nadie le gusta ir a un hospital. En cambio, como materia prima de la ficción, ese lugar es una caja de Pandora para cualquier guionista. Solo debe exigir su talento para poder exprimir al máximo este crisol de tramas. Y a muchos de nosotros, que nos crispamos cada vez que tenemos que ir a una clínica, el visionado de series televisivas 'de médicos' nos suele adormecer potenciales temores. El temor queda allí, petrificado en un drama que no es el nuestro pero que podría serlo con sólo tener que atravesar las paredes de entrada.

En la actualidad hay dos series norteamericanas 'de médicos' que repiten el viejo modelo serial televisivo de los 70: *ER* y *Grey's Anatomy*. Ecuación simple: el drama de los que ingresan al hospital + el drama de los que tienen que lidiar con ellos, los médicos (y los enfermeros, para que nadie se ofenda). Pero además, desde hace un par de años, una serie extraña, intrépida, irreverente, cursa las pantallas de nuestros televisores.

Es difícil puntualizar cuál es el mayor mérito de *Dr. House*. ¿Un hallazgo de *casting* llamado Hugh Laurie —protagonista de la serie—? ¿La utilización de un molde serial de probado éxito? ¿La vuelta de tuerca que implica estructurar una serie de médicos como un policial de cuarto cerrado? ¿Una mayor confianza en los diálogos que en el impacto amarillista de las imágenes hospitalarias? ¿El constante sarcasmo del que es portador su protagonista, aún en las situaciones más dramáticas?

Por empezar, habría que descartar ciertos elementos que de forma nítida no representan ninguna originalidad. La estructura, por ejemplo es, francamente, predecible por lo repetitiva: comienza con un hecho médico raro, extraño o inexplicable. *House* será la mente aguda e intrépida que, a costa de cualquier obstáculo, sin escrúpulos, e incluso a costa de sí mismo; resolverá el enigma planteado. Los ochenta y tantos capítulos de la serie, no contradicen esta secuencia.

Es común oír por allí, en el ciberespacio sobretodo, que la originalidad radica en que *House* enfrenta los casos clínicos como si fuera un detective. Y no cualquier detective: ni más ni menos que Sherlock Holmes. Su primer filtro ataca-enigmas es la máxima "todos mienten, porque lo saben, o porque no lo saben".

Los hechos, en cambio, por más disgregados que se encuentren, permiten reconstruir, si hay una mente lúcida detrás, el vínculo causado-causante. ¿Es esto el maravilloso hallazgo de un guionista?

Sepan disculpar, pero uno de los elementos claves de la ciencia médica es el modo en que ha construido su forma de mirar. Esa sensación que tenemos cuando vamos al médico de que no somos otra cosa que un saco

de huesos, no es ni más ni menos que la pura verdad.

A los ojos del galeno somos algo que debe extrañar para poder curarlo. Cualquier atisbo de humanidad puede diferir, según su lógica, la cura. Y el testimonio del paciente es un dato menor dentro de un complicado puzzle, donde el mayor protagonista es el dato objetivo brindado por los análisis clínicos. En ese sentido la serie es pasmosamente realista: el modo de 'mirar' de los médicos y la obcecada tendencia que tienen al fallar en el diagnóstico es una constante del programa. Sin duda, en cambio, la cantidad de diálogos que habitan los cuarenta minutos de la serie le imprimen un tempo diferente que el resto de los programas televisivos.

Sin ser una sitcom, *Dr. House* demanda, de forma constante, la atención del televidente como lector de un texto vertiginoso. La calidad de los diálogos, otra de las originalidades de la serie, le agrega densidad a la ficción y exige la inteligencia de un lector competente.

Es además, el vehículo elegido para manifestar el rasgo más divertido de su principal personaje. Siempre presente, el sarcasmo de *House* es el ingrediente principal de este cocktail y, sumado a la renguera y su adicción a la vicodina (un derivado del opio que se utiliza como calmante), conforma uno de los héroes menos concesivos y extravagantes de la pantalla contemporánea. Irónico, mordaz, sarcástico, políticamente incorrecto, antisocial, adicto, desalineado, indolente... humano, demasiado humano.

Y no es una contradicción: la necesidad que tiene un médico de quitarle la humanidad al paciente es signo inequívoco de naturaleza humana. Actúa de ese modo no por una falencia de su profesión sino como condición de posibilidad de la misma.

Ese mismo humor, ácido, corrosivo, parte de la piel de *House*, le permite también hacer frente al sistema, desviarlo, lograr volcarlo a su favor. Y más allá de encajar a la perfección con la idea de un héroe que doblega la circunstancia, obliga a reflexionar sobre la validez de una serie de procedi-

mientos —y de la práctica institucional médica— que se muestran incapaces de ayudar a resolver algún problema.

Y éste, sí, tal vez sea el rasgo más atractivo de la serie, y el más incomprensible también. *House* nos cae simpático, de un modo que nos resulta difícil explicar, pese a todos sus feísmos manifiestos. De enfrentarnos en la realidad a un médico como él, difícilmente dudáramos en voltearlo de una piña. Pero *House* nos cae simpático. Quizás por su notable empecinamiento en ser siempre lo que es, a morir en su ley, a resistir con terquedad cualquier viraje que pudiera hacerlo un poco más feliz, algo menos miserable.

El problema es que esto también nos complica la existencia, porque el éxito del *House* médico lo mantiene miserable al *House* humano: Su omnipotencia característica (tan frecuente en algunos médicos), la confianza ciega en que su agudo intelecto debe encontrar de modo implacable una causa, y su obsesión por encontrarla, trasciende incluso la obligación de salvar una vida.

Para *House* lo más importante es el desafío intelectual que representa un paciente. Le genera adrenalina, lo excita, le da placer. Sin embargo, ese placer está por encima de las vidas que debe salvar. Y esto alimenta su miseria. Al disfrutar de los logros de *House* nos volvemos cómplices de su miseria. Nuestra satisfacción por el brillante intelecto de *House* nos obliga a aceptar que es más importante lo racional que lo razonable. Y esto nos incomoda. Pero también nos recuerda que el sedimento de este comportamiento nos aísla del resto y nos acerca a la miseria. Es poco frecuente que la televisión llegue tan

lejos. 

**DR. HOUSE DEMANDA,  
DE FORMA CONSTANTE,  
LA ATENCIÓN DEL  
TELEVIDENTE COMO  
LECTOR DE UN TEXTO  
VERTIGINOSO.**

# HOUSE

## TRIPLEDOBLEVÉ

[www.fox.com/house](http://www.fox.com/house)

[www.universalchannel.tv/microsites/house](http://www.universalchannel.tv/microsites/house)

